

Estados, no, como en la Roma ya decadente del Imperio, para divertirle con *panem et circenses*, sino, como en Atenas gloriosa y fuerte, para concederle la libertad de atreverse á los dioses con Eurípides y á los hombres con Aristófanes.

LA VERDADERA RECOMENDACIÓN

Al acercarse la temporada teatral cada vez que me anuncian una visita de señoras tiemblo; en segundo lugar por mí, en primer lugar por el arte dramático—¡el arte sobre todo!— porque bien puede asegurarse que se trata de una señorita que desea dedicarse al teatro, y acompañada de su mamá se presenta en busca de la recomendación que ellas creen indispensable.

Una madre de hijas es dos veces madre, y una madre de actriz en ejercicio, ó en ciernes, es la madre por excelencia, la maternidad misma. Así, no hay que decir la elocuencia con que nos expondrá la situación, mientras la niña calla y casi se oculta ruborosa, como si temiera revelarme demasiado pronto sus resortes escénicos.

La mamá se lo dice y nos lo dice todo. Unas veces tomándolo de arriba: Su hija, gracias á

Dios, no lo necesita para comer; es una verdadera vocación, una locura, por el teatro. A ella que no le hablen de otra cosa. A la familia le parece muy mal...—La familia es un tío magistrado ó comandante ó alto funcionario, con su señora y sus hijas, que figuran mucho en sociedad y dejarán de tratarlas en cuanto la niña se dedique al teatro. Pero ella, su madre, está dispuesta á sacrificarlo todo; ella no quiere contrariar á su hija por nada de este mundo. ¿Qué sabe nadie dónde está su suerte? Por probar nada se pierde, y eso es lo que ella quiere, probar; pero sin protección, sin recomendaciones... es el todo, demasiado sabe ella lo que es el teatro. ¡Ay! Y lo que es la vida.

Otras veces nos habla sin fingimiento. No hay bienestar, ni vocación, ni familia que se disguste; es la necesidad, no hay otro recurso. Ellas han cosido, ellas han hecho sombreros; todo era engañar al hambre; el teatro es la solución. Ellas no tienen aspiraciones; un sueldo modesto y nada más. ¿No ha de servir la niña como tantas otras que no saben nada?—Aquí nos cita ejemplos tan numerosos como convincentes.—Todo es que la protejan, que la recomienden, que alguien se interese por ella...

En cualquier caso, uno recomienda, insinúa algún cumplido sobre la bonita figura ó el aire

distinguido, pronostica triunfos, promete algún papelito... Ellas agradecen, saludan y se despiden, esperándolo todo de la recomendación y de los papelitos.

Y yo ahora, donde ninguna madre puede interrumpirme y ninguna hija lloriquearme si creyeran que yo les negaba una recomendación, que para el caso de ingresar sin sueldo en una compañía tanto vale de mi parte como del jefe de acomodadores ó del inspector del distrito, les diré de una vez para siempre que, vocación ó necesidad, mal principio es fiar en la protección de nadie más que en los propios méritos. Lugar en una compañía, papel en una obra, elogios de la crítica, pueden obtenerse por una vez á poca costa; pero después...

Para el público no hay recomendaciones que valgan, y aun el buen palmito, única atendida para él, pierde muy pronto su eficacia en cuanto el público se percata de que la cabeza es hermosa, pero sin seso. La belleza plástica por sí sola tiene lugares más apropiados y en donde se estima en más su exhibición que en el teatro. Muy estimable es la buena fachada en arte tan plástico como el de la escena, pero sin luz interior espiritual no hay fachada que luzca.

Desconfien, pues, mis bellas recomendadas

de su belleza tanto como de las protecciones; y si para *llegar*, como ellas dicen, sólo fían en el juego combinado de esas dos fuerzas, tomen ejemplo de muchas que creyeron el mejor medio de imponerse ser impuestas por el director, el primer actor, ó alguno de nuestros primeros autores, y sólo consiguieron verse retiradas de la escena prematuramente por exceso de bombo, que en todo es perjudicial el exceso.

Vocación ó necesidad, si queréis *llegar*, al triunfo y al dinero—en el teatro son inseparables—no echéis por atajos ni intentéis rodeos. El camino del arte sólo puede andarse paso á paso y con vuestros propios pasos; no consiente otro género de locomoción más cómoda ó más rápida. El arte sólo da de vivir á quien le da toda su vida. No es medio para nada; sino para sí mismo, y sabe vengarse cruelmente de los desvíos y de las traiciones. Amadle por sí mismo, y amadle sobre todo, que ese amor es la verdadera honradez del artista, y por ella veréis también respetada la otra honradez, si vosotras queréis que sea respetada. Empresarios, primeros actores, autores, críticos, podrán pagaros el favor de un día con el éxito de una noche; pero su verdadera estimación con la del público, sólo será para la que nada les debe, porque todo lo pagó con su arte. No es que yo quiera deciros que toda vues-

tra vida sea para el estudio, no; vivid y vivid intensamente—y no creáis que yo empleo el verbo vivir en el sentido de muchos artistas, para los que viene á ser sinónimo de emborracharse, *golpear* y algún otro más expresivo.

Crean los tales que ellos viven intensamente porque viven una vida que á ellos les parece desordenada, cuando suele ser, con el mayor orden, una misma en todos los días del año. El artista ha de vivir una vida varia, y sobre todo espontánea; que ella venga á nosotros, no salgamos á su encuentro en clase de exploradores ni de analistas. No corramos, como D. Quijote, las aventuras de nuestros libros. No sea nuestra vida el producto de nuestro arte, sino nuestro arte el producto de nuestra vida.

Sed infinitamente mujeres y seréis infinitamente actrices. Para lo primero os basta con vuestro corazón y vuestro instinto femeninos; para lo segundo, y es lo penoso del artista, toda la voluntad concentrada en toda la inteligencia.

Para el artista, las emociones ni pasan ni quedan como recuerdos vulgares de alegrías ó de tristezas. El artista es rumiante de emociones en su entendimiento, donde transforma lo que fué sólo calor en calor y luz juntamente. De este modo, por una tensión constante

de su voluntad, lo que fué su vida es después el alma de su arte, y todo artista puede decir como madame Dorval, cuando el público la aplaudía entusiasmado:—¡Bien pueden aplaudirme; les doy mi vida!

Mis amables recomendadas, las que llegáis al teatro por vocación ó por necesidad: las recomendaciones pueden llevaros hasta la entrada, las protecciones... pueden proporcionaros una salida. Pero, ¿queréis *llegar*? Ya sabéis el secreto. El arte sólo da de vivir á quien le da su vida.

LA QUE SE FUÉ DE GRECIA

¿Quién no sabe que fué la Moral la que huyó de allí, á los alegres sonos de una música de opereta? Pero no se ha perdido, ni está perdida, ni echada á perder, y aunque hay motivos para suponerla residente en España, monopolizada por los Gobiernos conservadores, la verdad es que viaja por todo el mundo, y ni siquiera los abonados á los sábados blancos del teatro Español pueden ufanarse de tener la exclusiva.

En todas partes cuecen habas de la famosa mata que es parangón de la tontería humana. Véase la clase.

Las distinguidas abonadas al nuevo y espléndido teatro Colón, de Buenos Aires, están escandalizadas con Titta Ruffo, el admirable barítono, y la empresa y algunos periódicos han debido llamarle al orden para que se modere en la expresión de los deseos amorosos en óperas como la «Tosca», «Gioconda»..., y, por lo visto, en todas; porque, ¿en qué ópera no

32763

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

le toca al barítono andar toda la noche fuera de sí, y con la lengua fuera, detrás de la tiple?

En vano será que el gran artista proteste, como el tenor de «El dúo de La Africana», que él no puede dar el «sí» si no se agarra á la tiple; las distinguidas abonadas pasan muy gustosas por la falta de expresión dramática. Aunque en Buenos Aires todo el mundo entiende el italiano, y la moral no gana gran cosa con ser cantada en dicho idioma, todavía cabe hacerse el desentendido con las palabras... ¡Pero la acción!

La acción es lo que no pueden pasar las distinguidas abonadas, semejantes en eso á nuestras castizas chulas, que cuando su hombre las levanta la mano, no sienten tanto el golpe como la «acción».

Hasta aquí, bien pudieran tener razón las abonadas, más en nombre del buen gusto que de la moralidad; porque no hay nada más desagradable que el realismo en la ópera, y cuando á un esperpento melodramático de esos de la moderna escuela italiana se une la interpretación, también á la italiana, toda «en dehors» y exageraciones, el espectáculo es verdaderamente lamentable. Llegaremos á ver «Los espectros» en ópera, y algún famoso tenor ó barítono hará diabluras de verismo, á lo Zacconi, en la parte del protagonista.

Pero, ¡ay!, las bellas abonadas—todas las abonadas son bellas y distinguidas ante la contaduría—no se han contentado con tan poco. Inminente el estreno de «Salomé», la jaleada ópera de Strauss, han protestado tan calurosamente, que la empresa ha tenido que suspender el estreno, privando á gran parte del público—supongamos que era gran parte—del gusto de conocer obra tan discutida, interpretada por la Kruceniski, la mejor Salomé, en opinión de muchos.

Nunca he comprendido esa furia apostólica en hacer prohibir para todos lo que puede uno prohibirse tan fácilmente, sin molestias de nadie, sólo con quedarse en casa ó ir á otro teatro.

A todo esto, ¿qué tiene esa «Salomé» que no tengan otras heroínas de óperas y tragedias, que andan por esos escenarios sin protesta de nadie? De bíblica procedencia, parece que había de tener en ello su mejor salvoconducto... Pues no, señor; cuando las abonadas, bellas y distinguidas, se reúnen en concilio, hasta con la Biblia se ponen. ¡Es una barbaridad lo que ellas saben de estas cosas!

En fin, para consuelo nuestro y satisfacción de mauristas, ya ven ustedes que no es por la libre América por donde viene la libertad del Arte.

Pues cuenten ustedes que tampoco viene por el Japón; ese Japón, último figurín de pueblos, desde que tuvo la suerte de ganar unas batallas. Allí han prohibido nada menos que todas las obras de Molière. Y vayan ustedes atando cabos á la moralidad; la prohibición se funda, primeramente, en que Molière se muestra partidario de los matrimonios por amor; y en el Japón sólo están admitidos los de conveniencia; en que el pícaro y desvergonzado autor se burla de los doctores, leguleyos y toda la sabiduría oficial; todo muy respetable en el Japón... y en Europa. Y es lo que ignoran los buenos nipones, que el teatro en Europa nos sirve precisamente para reirnos de todo lo que tomamos en serio en la vida; para admirar todo lo que despreciamos, y para hacer que despreciamos lo que más se respeta en la realidad. Con la cuarta parte del espíritu de moralidad, de rectitud, de justicia que lleva el público al teatro, habría para hacer del mundo un Paraíso. Los japoneses no quieren que se hable del amor en sus teatros... ¡Dichosos ellos! Señal de que el amor existe todavía en su vida.

¿Se niegan á ver puestos en ridículo á sus pedantes sobre un escenario? Señal de que en la vida no los respetan tanto como nosotros, europeos. A nosotros, en el teatro, todo se nos

vuelve hablar de amor, de patriotismo, de honor, de despreciar el dinero, la intriga, la cobardía... ¡Ah! El teatro no es el espejo de la vida; es el espejo en que nos agrada mirarnos favorecidos.

Y llegamos al «clou» en este «record» de la moralidad teatral. En Londres se ha prohibido «Edipo», el mismísimo «Edipo», de Sófocles. Véase por dónde volvemos al punto de partida de la Moral, á la misma Grecia, de donde huyó, según se canta en la opereta.

La censura pasaba por todo, en gracia á lo clásico, menos por el incesto. ¡Ah, eso no! Edipo podrá serlo todo; al fin á un tebano no puede exigirle la corrección que á un «gentleman» de «West-end» ó de la «City»; pero el incesto, no.

Y por estos escrúpulos de la censura inglesa, en Londres no podrán reirse con el «Edipo», que es una de las tragedias más divertidas, sobre todo cuando la representa Mounet Sully, muy poseído de su grande arte.

Después de todo esto, ¿nos atreveremos á murmurar de nuestras abonadas á los sábados blancos? Por mi parte, yo nunca he protestado de lo que no las gusta; al contrario de lo que las gusta. ¡Si entendieran de Arte como de Moral, serían perfectas!